

**TEMA: CONCILIO VATICANO II****CONCILIO VATICANO II**

El acontecimiento fundamental de la historia cristiana del siglo XX es indudablemente el Concilio Vaticano II. Acontecimiento no sólo católico, sino con gran repercusión ecuménica que marcó a todas las Iglesias.

Sin embargo, el proceso de asimilación de su mensaje no está todavía concluido. Muchos han intentado borrar su recuerdo porque los desafíos que el Concilio Vaticano II sigue planteando hoy son muy incómodos. Sin embargo, "el nuevo Pentecostés" invocado por el Beato Juan XXIII sigue abriendo puertas y ventanas para una Iglesia en la que no pocos pastores y laicos siguen sufriendo la tentación del encierro en un cenáculo seguro y prestigioso, pero poco disponible a escuchar las angustias y las esperanzas del mundo.

La sorpresa de todo el mundo fue enorme, cuando el 25 de enero de 1959, el Papa Juan XXIII, elegido Papa tres meses antes, a los 77 años de edad, anunciaba la convocación de un nuevo Concilio.

Este Papa sencillo, de origen campesino, había sido elegido como Papa de transición, después del importante y largo pontificado de Pío XII, que a toda la cristiandad le había parecido como algo heroico y místico en medio de los difíciles años de la 2da. Guerra Mundial. Ahora Juan XXIII lanzaba esta idea que él definía "como una flor espontánea de una primavera inesperada" y como "un rayo de luz celestial".

En su oración para preparar el Concilio, el Papa Bueno hablaba con acierto de "un Nuevo Pentecostés". No debía ser un concilio para combatir algún error doctrinal o alguna ideología anticristiana. Debería ser un concilio de diálogo, de apertura, de reconciliación y de unidad. Por eso el título de "ecuménico", pero su apertura se extenderá mucho más allá de las Iglesias cristianas, llegando a interpelar, como era costumbre del Papa Bueno, a todos los hombres de buena voluntad.

Al asumir la conducción de la nave de Pedro, como "pastor y navegante", Juan XXIII encontraba una Iglesia institucional muy encerrada, atrincherada en su ciudadela santa, con mentalidad muy eurocéntrica y fuerte centralismo "romano". Pero esta misma Iglesia estaba siendo provocada por una serie de fermentos internos y externos que le exigían definirse.

Estaban los fermentos internos como el renacimiento de los estudios bíblicos en los años 30, la renovación catequística y litúrgica, la Acción católica y los nuevos impulsos misioneros...

Estaban los fermentos "externos" pero muy cercanos a la misión de cada cristiano y de la Iglesia entera: el ansia de la reconstrucción y del progreso después de la 2da. Guerra Mundial, el nacer de los dos grandes bloques y el comienzo de la guerra fría, el tema del armamentismo y de la falta de recursos para los países más pobres, el neo-colonialismo y el racismo, la explotación del tercer mundo...

Sin embargo, las sugerencias de los obispos para el nuevo Concilio, recogidas en todo el mundo a lo largo de 1959 y 1960, mostraban que la jerarquía eclesiástica no había todavía tomado el pulso de esta situación y no había recogido la mayoría de estos desafíos. En la Curia romana se estaban preparando los documentos previos al Concilio sin seguir la orientación que el Papa quería darle. Se prefería desoír la voz de la renovación y del diálogo para volver a atrincherarse en el dogma y en las cuestiones internas.

LA IGLESIA EXULTA DE GOZO



La apertura del Concilio Vaticano II es un hecho de una importancia histórica tan relevante que conviene volver a recordarla.

La mañana del 11 de octubre de 1962, la plaza San Pedro era inundada por 2.500 obispos que en procesión y cantando las letanías de los santos, se dirigían hacia la basílica vaticana. Los acompañaba el repique de campanas de todas las iglesias de Roma, pero poca gente estaba en la plaza San Pedro en esa gris mañana otoñal. Se abría el Concilio del siglo XX y empezaba una nueva época para la Iglesia. Se notaba un entusiasmo general pero no faltaba el desprecio de algunos altos funcionarios de la curia vaticana, para quienes el Concilio no sería en todo caso más que un cohete sin explotar; decían: "Cuando se cansen de bostezar, los obispos volverán a casa". Estos mismos eclesiásticos se habían encargado de proponer un orden del día con un listado de temas doctrinales (más de 70 proyectos) imposible de enfrentar en un horario muy lleno de largas celebraciones, avisos inútiles y además sin traducción simultánea.

Pero en el discurso inaugural, en medio de una larguísima celebración en latín de casi 5 horas de duración, el Papa Juan XXIII sorprendió a todos.

El Papa, con mucha sencillez y con gran fuerza de ánimo, empezó diciendo: "La Madre Iglesia se alegra y exulta de gozo". Era un comienzo para disipar los temores y los miedos y dejarse llenar por la alegría del Espíritu. Pero luego el papa no dejó de señalar con firmeza a los falsos "profetas de desdichas".

"En el ejercicio diario de nuestro ministerio apostólico sucede con frecuencia que disturban nuestros oídos las voces de aquellas personas que tienen gran celo religioso, pero carecen de sentido suficiente para valorar correctamente las cosas y son incapaces de emitir un juicio inteligente. En su opinión, la situación actual de la sociedad humana está cargada sólo de indicios de ocaso y de desgracia. ...Tenemos una opinión completamente distinta que estos profetas de desdichas, que prevén constantemente la desgracia, como si el mundo estuviera a punto de perecer. En los actuales acontecimientos humanos, mediante los que la humanidad parece entrar en un orden nuevo, hay que reconocer más bien un plan oculto de la providencia divina." Estas frases resultaron ser una respuesta a los miedos de los eclesiásticos de su entorno más inmediato; y también una réplica a una tendencia que en todos los tiempos encuentra adeptos en la Iglesia.

Definiendo la tarea del Concilio y la misión de la Iglesia, Juan XXIII afirma que no basta con repetir y copiar lo que concilios anteriores enseñaron. Se trata, más bien, de considerar la herencia de veinte siglos de cristianismo como algo que, por encima de todas las controversias, se ha convertido en patrimonio común de toda la humanidad. Y precisamente por eso, decía él, no se trata de conservar atrapados por lo antiguo; por el contrario hay que realizar, con alegría y sin temor, la obra que requiere nuestro tiempo.

Ya en la bula de convocatoria del Concilio, que escribió personalmente y luego en la encíclica *Pacem in terris*, poco antes de su muerte habla de los signos de los tiempos y de cómo interpretarlos con discernimiento. Con ello Juan XXIII restablecía el espacio y la tarea profética de la Iglesia en el corazón de la historia.

Aquel día terminó con el famoso discurso improvisado de "la caricia para los niños" frente a cien mil personas que se congregaron con antorchas en la plaza San Pedro; esta celebración espontánea de la apertura del Concilio recordaba la aclamación popular en el Concilio de Éfeso y era una imagen clara de la Iglesia pueblo de Dios (UMBRALES n. 109, p. 18). El pueblo de Dios, incluyendo los niños, se había hecho presente en la primera jornada del Concilio. Las palabras sencillas y paternales del Papa revelaban una vez más que él no reivindicaba primados, infalibilidades o privilegios, ni ante sus hermanos los obispos reunidos en Concilio, ni ante cualquier persona.

CUATRO AÑOS DE DEBATES

El Papa Juan XXIII, en su breve pontificado reafirmó claramente las finalidades originarias para



las que el Concilio había sido inspirado y convocado: establecer el papel y la misión de la Iglesia en el mundo; un camino abierto a la "reforma permanente" de la Iglesia para presentar de una manera nueva el mensaje cristiano; una prueba de confianza en el ser humano y en su dignidad. Juan XXIII a menudo repetía: "Preocupémonos por lo que une, y dejemos aparte, lo que nos divide".

Juan XXIII pedía abrir las ventanas de la Iglesia para que entrara el viento renovador del Espíritu. El Papa Bueno vio ante sus ojos el primer éxito de su utopía conciliar cuando la gran mayoría del episcopado universal rehuyó tomar una posición preliminar de pura defensa contra el error. El episcopado había sostenido que no existían herejías que amenazasen a la Iglesia; había pedido y conseguido una sana libertad de investigación para los exegetas, sin declarar sistemáticamente sospechosos de herejía a los estudiosos que trataban de conciliar la fidelidad a la Iglesia y la fidelidad a la ciencia; había manifestado la voluntad de expresarse en un lenguaje incomprensible para los hombres de hoy, un lenguaje pastoral; finalmente, había tenido en cuenta la exigencia de un diálogo con los cristianos separados.

La última vez que el Concilio vio y escuchó a Juan XXIII fue el 8 de diciembre de 1962. El papa estaba pálido. Los médicos le habían desaconsejado asistir a la celebración de clausura de la primera sesión. Los obispos le miraban en silencio, conmovidos. Sus últimas palabras para ellos fueron las siguientes: *"Un largo camino queda por recorrer, pero ustedes saben que el pastor supremo los seguirá con afecto en la acción pastoral que desarrollarán en cada una de sus diócesis. Nos esperan, ciertamente, grandes responsabilidades, pero Dios mismo nos sostendrá en el camino."*

El lunes de Pentecostés, el 3 de junio de 1963, el Papa Bueno moría, pero el nuevo Papa, Pablo VI retomaba con entusiasmo la antorcha del Concilio, convocando inmediatamente una segunda sesión para los últimos meses del mismo año. La tercera y cuarta sesión serán respectivamente en los últimos trimestres de 1964 y 1965.

Ya que un concilio busca siempre la unanimidad de sus miembros, el Vaticano II pasó por momentos de fuerte debate que exigían tiempo y paciencia, con varias reformulaciones de un mismo documento. Ya en la primera sesión se advertía este gran pluralismo de opiniones en reacción al propósito de la Curia romana de reducir el Concilio a una rápida confirmación de los programas preparados en Roma.

Ha escrito el Card. Bea: "En una audiencia concedida a un grupo de obispos durante la primera sesión del concilio, Juan XXIII advirtió cómo algunas personas estaban preocupadas por el lenguaje violento que muchos obispos usaban en el Concilio: 'Pero ¿de qué se preocupan? -les dijo-. No son un grupo de monjas que tienen que estar siempre de acuerdo con la madre superiora'... Juan XXIII estaba interesado en la libertad de los obispos, pero unas cuantas molestias le proporcionó el asegurársela."

LOS GRANDES TEMAS DEL CONCILIO

- El primer tema sobre el cual trabajó el Concilio fue la Liturgia.

Este fue el único texto preparatorio que había sido bien acogido por los padres conciliares. Los expertos que habían preparado el texto eran todos animadores reconocidos del movimiento litúrgico. La Curia romana no había podido frenar y modificar sus propuestas renovadoras que desde unas décadas ya se venían debatiendo en prestigiosos círculos de estudios litúrgicos.

Gracias a este documento, la Iglesia en todo el mundo pasó rápidamente de la lengua latina a los idiomas nacionales; se subrayó la importancia de la Iglesia local y de la liturgia de la Palabra. El documento conciliar sobre la liturgia fue el primero en ser aprobado con 2.147 obispos a favor y sólo 4 contrarios, el 4 de diciembre de 1963. Pocos meses después, con la cuaresma de 1964 la Reforma litúrgica entraba en vigor en todo el mundo.

- El tema de la Comunicación y de los Medios de comunicación social fue otro de los temas



considerados en las primeras etapas del Concilio. Este desvío "moderno" fue enfrentado por los obispos subrayando la importancia y también los peligros. Se proclama el derecho a la información, que deberá surgir de la verdad, de la justicia y del amor. También se subraya la importancia de la opinión pública y la formación crítica en el uso de los medios...

- Pero el tercer documento en ser aprobado es sin duda el más importante de todos. Se trata de la Constitución conciliar sobre la Iglesia titulada en latín "Lumen Gentium (= La luz de los pueblos). Ya el Card. Gian Battista Montini (el futuro Papa Pablo VI), había lanzado al comienzo del Concilio la famosa interrogante: "¿Iglesia, qué dices de ti misma?"

Ahora, después de largas sesiones y debates, los obispos casi por unanimidad (2.151 a favor y 5 en contra) contestaban al mundo entero: brillando con la luz de Cristo, la Iglesia es el signo ("sacramento") de la unidad del género humano. La Iglesia, presentada en la Biblia con muchas imágenes (rebaño, campo, viña, edificio, templo, ciudad santa, como germen que crece y como cosecha...), se fundamenta en la palabra y en la obra de Cristo, de cuyo Reino representa el comienzo en la tierra.

La Iglesia, cuerpo místico y pueblo de Dios en camino, es al mismo tiempo comunidad visible y espiritual. El Concilio habla de la Iglesia Pueblo de Dios, que todos los seres humanos están llamados a integrar; luego explica la función de los obispos, sacerdotes y diáconos y presenta un capítulo entero dedicado a los laicos.

Después de explicar que todos en la Iglesia están llamados a la santidad presenta el llamado específico de los religiosos. El documento termina con un importante capítulo dedicado a la Virgen María, Madre de la Iglesia.

- En 1964 se aprueba el Decreto sobre el ecumenismo, otro de los grandes temas que caracterizaron la asamblea conciliar.

- En 1965 se aprueban muchos otros decretos: sobre los obispos, los presbíteros, la vida religiosa, la formación sacerdotal, la educación cristiana; sobre las religiones no cristianas y la libertad religiosa; sobre el apostolado de los laicos y sobre la actividad misionera.

- Completan los trabajos del Concilio otras 2 Constituciones (documentos más importantes): la Constitución dogmática sobre la Revelación divina en la Biblia manifiesta la importancia que este Concilio vuelve a asignarle a la Palabra de Dios revelada en la Biblia. El mismo Juan XXIII ordenó retirar el primer texto sobre el tema que había sido objeto de una fuerte polémica.

- El último documento del Concilio en ser aprobado, y por eso el fruto más maduro de la larga asamblea de los obispos fue la Constitución "pastoral" (por primera vez se usa este calificativo) sobre la Iglesia en el mundo actual. Como es costumbre se conoce este documento con las primeras palabras en latín que lo encabezan: Gaudium et spes (= Los gozos y las esperanzas). Ya el título muestra otra actitud de la Iglesia para enfrentar el diálogo con el mundo moderno: *"Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón"*.

Este importante documento merecerá un estudio más atento y prolongado (en una próxima nota de Umbrales). En la primera parte se analiza la vocación del ser humano: la dignidad de la persona, la comunidad humana y su actividad en el mundo... En la segunda parte se analizan los problemas más urgentes: la dignidad del matrimonio y de la familia, el progreso cultural, la vida social y el desarrollo económico, la vida política, la cooperación internacional y la promoción de la paz. Todos temas muy queridos por Juan XXIII que desde el cielo contemplaría satisfecho la conclusión de esa inmensa obra que él con fe, coraje y profetismo había empezado.